

tro programa," elegimos el nombre entre "ciencia y progreso" y el que lleva. El primero nos parecía adecuado y menos susceptible de malas interpretaciones; pero el segundo nos agradaba más y nos sonaba más hermoso al oído, quizá por el profundo amor que sentimos por la Ciencia, y no pudimos resistir á la tentación de denomi-

narle "amador de la sabiduría."

Somos sinceros, y, si algún mérito podemos tener, será decir la verdad como ella sea, ora favorable, ora desfavorable para nosotros, recordando aquellas sabias palabras. "Ni vales más de lo que eres porque te alaben, ni menos porque te censuren."

El éter y el cloroformo.

Terrible Cirugía la antigua. Un cuerpo demacrado y macilento que yace sobre una mesa, dos ó tres hombres que le rodean y abren sus carnes con sendos cuchillos, más parece un tribunal de tormento destinado á sembrar el terror, que un cuadro de beneficencia en que se imparte consuelo á la humanidad doliente. ¿Y por qué? Por que hay un elemento propio del tormento y ajeno á la Medicina Operatoria: el dolor.

La Cirugía es un arte noble que se propone remediar, en vista de las leyes biológicas, una parte de los males que afligen á los hombres. Pero, para efectuar sus prescripciones, los tiempos pasados encontraron, como obstáculo insuperable, el dolor. Con tal óbice, era natural que este arte permaneciera en bosquejo durante muchos siglos, hasta que clareó el día, que justamente debe formar época en la historia de la Terapéutica Quirúrgica, en que se vió que era posible suprimir el dolor, mediante la administración de determinadas sustancias. El profundo foso había sido salvado, y, en breve, empezaron á penetrar en el campo inexplorado y á recoger opimos frutos, los Nélaton, Championnière y Malgaigne.

El éter fué el primer anestésico general. Mas el temor natural á un envenenamiento y la falta de costumbre de ver un hombre en un estado artificial muy parecido á la

muerte, hicieron que el éter no produjera todo el buen éxito que era de desearse para operar cómodamente. Se acercaba la mitad del siglo XIX cuando, con los adelantos de la síntesis química, vino el descubrimiento del cloroformo, agente anestésico mas enérgico que el éter, pero también ¡ay! más peligroso. La anestesia clorofórmica era más pronta y más completa con pequeñas cantidades, y su uso empezó á extenderse á pesar de su toxicidad. El éter fué relegado al olvido, y el cloroformo siguió reinando con absoluto dominio en el campo quirúrgico.

El torrente revuelto y embravecido sumergió el éter, pero al serenarse en mansa corriente en los últimos tiempos, se ve flotar éste en diferentes puntos, y reconquistar más y más su soberanía.

En la actualidad el éter cuenta con partidarios de gran valor científico, tanto en Europa como en la América, que estan desviando la órbita intelectual del mundo médico, formada bajo la influencia exclusiva del cloroformo.

Los que defienden el cloroformo dicen que la anestesia tarda mucho en producirse con el éter y no se puede sostener como lo requieren las manipulaciones operatorias. La anestesia etérea es tan completa como la del cloroformo sin tener todos sus peligros, sólo que la dosis es muy diferente.

Un médico que, en una larga práctica profesional, ha usado siempre cloroformo, está acostumbrado á las pequeñas dosis de este agente, y cuando se resuelve á probar el éter, tiene tendencia á las mínimas cantidades. De aquí que tropiece con dificultades, y, aun, que no llegue á obtener la anestesia, infiriendo imprudentemente la ineficacia del éter.

El cloroformo tiene propiedades tóxicas mucho más marcadas que el éter y, en consecuencia, su administración requiere un aprendizaje, según opinión de Farabeuf que dice que para cloroformizar bien, es preciso haber aprendido. El éter puede ser administrado por cualquiera persona bajo la vigilancia del operador. El éter puede usarse en muchos casos en que el cloroformo está contraindicado. Su anestesia puede prolongarse por más tiempo sin inconveniente.

Yo he tenido oportunidad de comparar la acción de estos dos agentes, y estoy convencido de la superioridad del éter, y creo que su empleo debe generalizarse. El Sr. Dr. D. Aureliano Urrutia, profesor de Terapéutica Quirúrgica en la Escuela Nacional de Medicina de México, y uno de los más notables cirujanos de esa ciudad, jamás emplea el cloroformo, en su sanatorio, para la anestesia general [á no ser por deseo expreso del operado y contra la opinión del Dr. Urrutia], y es ardiente partidario del éter. Allí es donde he visto las ventajas del éter mostradas por los muchos mismos, allí donde he rectificado muchas ideas erróneas adquiridas por transmisión y no por la vista de los fenómenos, allí donde he aprendido cosas muy importantes para mi educación quirúrgica.

IGNACIO VIRGEN.

La rectitud confundida con la imbecilidad.

La Lógica enseña que para adquirir el conocimiento de una cosa, hay que observarla, estudiarla y formular leyes. Acatando este precepto, en Psicología hay que estudiar el espíritu humano, observándolo para inferir sus leyes; pero el espíritu no es algo que todos pueden observar directamente en un mismo caso, y es preciso limitarse á estudiar el propio para conocer el de los demás, en vista de sus manifestaciones sensitivas.

Esto es muy sabido, y no hay más que recordarlo á unos y hacerlo notar á otros, puesto que todos obramos con arreglo á estos principios, siempre que se trata de formarse un concepto de alguna persona. Con la mayor facilidad ejecutamos estas operaciones psíquicas y llegamos á conclusiones que no dejan satisfechos, y quién lo creería! nuestros conceptos de los demás son por lo general, de lo más erróneo y desacertado. ¿Por

qué? Desde luego, porque tenemos tendencia á inferir imprudentemente en todo, sin fundamentos sólidos, sin datos suficientes; pero en el caso que consideremos, esta tendencia se exagera y crece en el punto capital: el móvil de las acciones. Al llegar á este punto, solemos apartarnos abiertamente de la verdad. Sin tener en cuenta los diferentes móviles que pueden producir el mismo acto, tomamos como modelo exacto nuestra alma, y atribuimos á la persona á quien juzgamos el móvil que nos impulsaría á nosotros á efectuar la misma acción.

Probablemente de aquí se ha formado el adagio muy conocido de "juzgar su pecho por el ajeno," y, desde este punto de vista, sería mejor ser juzgado por los buenos que por los malos.

Supongamos ahora un caso concreto. Dos hombres se encuentran comprometidos en un negocio en el que media dinero. El que va á